



E L D U E N D E V E R D E

ESCAPAR DE UN CUENTO

Concha López Narváez y Rafael Salmerón

Ilustración: Rafael Salmerón



ANAYA

Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en nuestra web.

© Del texto: Concha López Narváez
y Rafael Salmerón, 2014

© De las ilustraciones: Rafael Salmerón, 2014

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2014

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2014

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-678-6099-3

Depósito legal: M-2609-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Concha López Narváez y Rafael Salmerón

ESCAPAR DE UN CUENTO

Ilustración: Rafael Salmerón

Q U E R I D O L E C T O R

¿No te parece que hacer siempre lo mismo, un día y otro y otro, un año y otro año..., puede llegar a ser inaguantable? Pues eso es lo que ocurre en los cuentos.

Ya sabemos que, cada día, los niños tenéis que ir al colegio, y, con frecuencia, los mayores se cansan de trabajar; pero ni en el colegio ni en el trabajo las cosas son siempre exactamente iguales; además, existen vacaciones y días de fiesta. A veces te puedes enfadar, protestar e incluso marcharte de un lugar en el que no estés a gusto y, sobre todo, tu pensamiento es libre... Nadie puede meterse en lo que cada uno piensa.

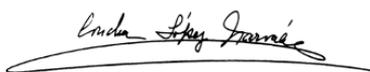
Pero los personajes de los cuentos no pueden cambiar ni una

sola palabra de lo que ya está escrito.

¿Y no pueden hacer nada? Pues hasta ahora no, sin embargo, en esta historia las cosas van a cambiar. Los personajes dicen «¡Basta!», y algunos se rebelan y empiezan a vivir sus propias vidas.

Y algo más, queremos que recuerdes que hay cosas en el mundo que, igual que en los cuentos, son injustas o están mal hechas, pero casi todas se pueden cambiar si hay alguien que se empeña.

Un abrazo de tus amigos escritores.

 Linda Ley Ferrer

 Rafael Sabido

A nuestros amigos lectores.

1

¿QUIÉN TEME AL LOBO FERROZ?

ERA primavera, el sol sonreía en medio del cielo y Caperucita se sentía feliz. Estaba sentada al lado de casa y miraba a su alrededor.

Las primeras flores ya habían nacido y todos los árboles tenían hojas nuevas; las maripositas, pequeñas y rápidas, iban y venían por el aire arriba, por el aire abajo, como si bailaran. Más alto, muchísimo más, volaban los pájaros. ¿Hacia dónde iban? Hacia ningún sitio, estaban jugando, y cantaban de pura alegría.

—¡Qué día tan tranquilo!

—¡Qué día tan alegre!

—¡Qué día tan azul!

Dentro de la casa la madre hacía un bizcocho, y a Caperucita la boca se le hacía agua.

Y entonces su madre la llamó:

—Caperucita, la abuela está enferma.

¡Oh, no, otra vez la abuela! Qué mala salud, la pobre enfermaba todas las semanas. Aunque lo sentía muchísimo, esta vez no quería ir a visitarla.

—Mamá, por favor, me da miedo el bosque, es muy solitario, y el lobo es feroz y quiere comerme. De verdad, esa es su intención.

—No, cariño, no te comerá, puedes ir tranquila, lo dice en el cuento.

—De todas maneras, el lobo me da mucho miedo. De solo mirarlo me tiemblan las piernas; tan negro y peludo, con esos ojazos, con esas orejas, con esas manazas y con esos dientes... Cuando abre la boca, casi me desmayo de la impresión.

—No te comerá —repitió la madre.

—Aunque no me coma, prefiero no verlo. Además, quién sabe si a veces los cuentos cambian de final.

—¿Cambiar los cuentos? ¡Qué barbaridad! —exclamó la madre, y luego añadió—: Escucha, pequeña, de verdad no hay ningún peligro. Además, el lobo está lejos, tiene otros trabajos, ya sabes que el nuestro no es su único

cuento. Pero, por si acaso, he puesto en guardia a los leñadores. No lo perderán de vista ni un solo segundo, estarán atentos, me lo han prometido. Anda, vete ya, toma la cestita y ponte la capita roja.

Caperucita odiaba la cesta y odiaba la dichosa capa; pero, en fin, estaba en el cuento y había que ponérsela aunque era primavera, hacía buen tiempo y tenía calor. Además, si alguien la veía, ¿qué iba a pensar?

Así, de buena mañana, Caperucita salió de su casa con capucha y cesta, muerta de vergüenza, sudando como si estuviera dentro de una sauna. ¡Qué hartura de cuento!

De muy mala gana y con pasos lentos se dirigió al bosque. Tenía que cruzarlo, no había más remedio, su abuelita vivía justo al otro lado.

En el bosque, húmedo y oscuro, no había mariposas ni tampoco pájaros, y el día no era alegre, tranquilo ni azul.

Flores sí que había, pero estaban pálidas y eran muy pequeñas. Sin embargo, debía cogerlas... Y no le gustaban, ni tenía ganas, además, sabía que, en cuanto tuviera un ramito hecho, llegaría el lobo.

Y de pronto... ¡cragg! Crujió una ramita y su corazón dio un salto en el pecho. Después pisó una hoja seca. ¡Chas! Qué horror, se tapó la boca para no gritar.

Luego vio una lagartijita, pequeñita y verde, y le pareció un dragón enorme, y un ratón de campo, un monstruo terrible.

Un susto, otro susto... ¡Ya no podía más!

Se sentó al lado de un árbol para coger fuerzas, y entonces escuchó unos pasos: Plof, plof, plof, plof... ¡El lobo, ya llegaba el lobo!, y enseguida se pondría a charlar. Le preguntaría, con voz traicionera, que hacia dónde iba, y ella tendría que decirle que a ver a su abuela porque estaba enferma...

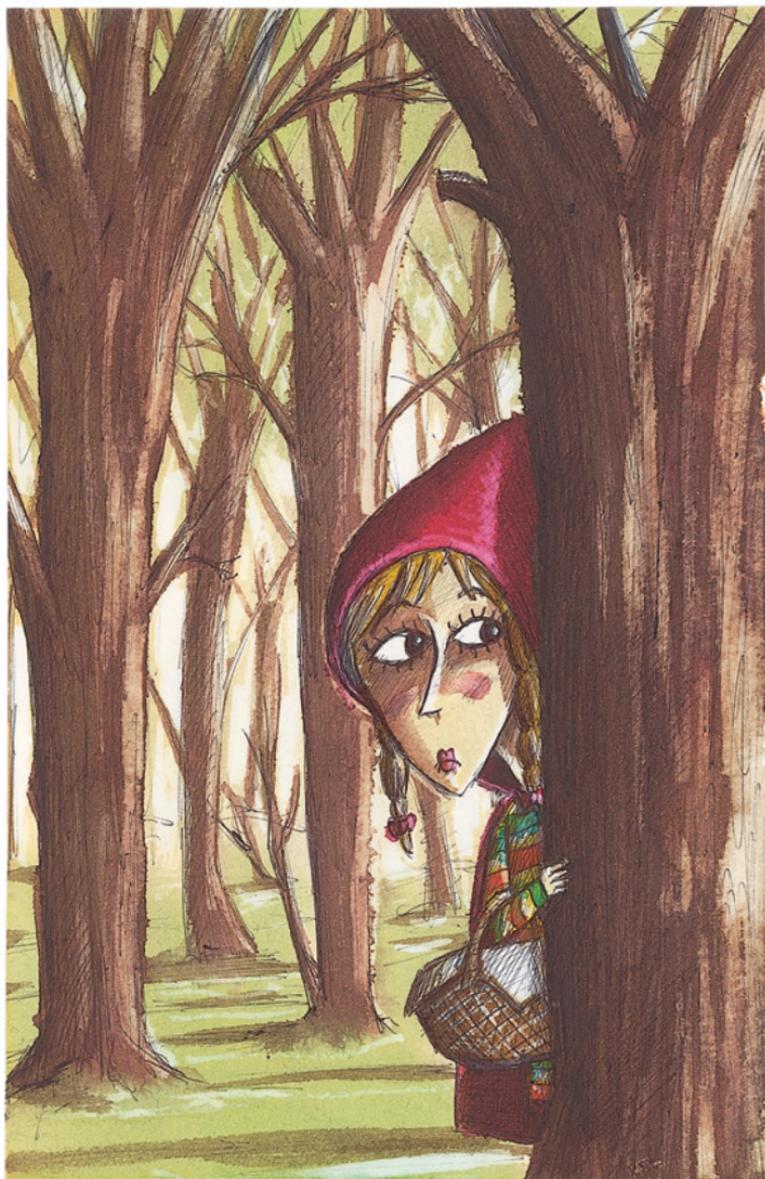
¡Qué miedo! ¡Qué espanto! Oía sus pasos cada vez más claros, cada vez más cerca.

Pero ¿de verdad era el lobo el que se acercaba?

¡Qué lobo más raro! Su sombra era alargada y alta.

Pero ¿de verdad los lobos andaban de pie? ¿De verdad llevaban chaqueta y zapatos?

¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! Qué risa y qué chasco, porque no era el lobo.



Entonces, ¿quién era?

Pues alguien que, al verla, dio un salto hacia atrás.

Un chico moreno, de pelo revuelto, la miraba con la boca abierta.

—¿Quién eres? —preguntó asombrado.

—Soy Caperucita, ¿y quién eres tú?

—Yo soy pastor de ovejas, el pastor bromista —le respondió él poniéndose rojo.

—Ah, ese que gritaba pidiendo socorro porque venía el lobo, aunque no era cierto.

—El mismo. Yo lo hacía por broma, pedía socorro con voz de pánico, acudían todos, y cómo me reía... Lo hice varias veces. Hasta que un día el lobo llegó de verdad. Yo pedía ayuda, y entonces, justamente entonces, nadie me creyó. Fue algo espantoso, perdí cuatro ovejas y tuve que huir. Desde aquel día el lobo me aterra.

—A mí el lobo me espanta, pero, dime, ¿hacia dónde vas por el bosque solo?

—Voy a los rediles, que están justo al otro lado, tengo que cuidar a mis animales. ¿Y a dónde vas tú por el bosque sola?

—Mi abuela está enferma, por eso le llevo esta cesta con leche, con miel y con un bizco-

cho que está recién hecho. Vive más allá del bosque, por eso tengo que cruzarlo, no hay otro remedio, lo dice en el cuento, como también dice que lleve capa con capucha aunque haga calor.

—Los cuentos, a veces, dicen cosas muy extrañas, lo sé por propia experiencia... En fin, tengo que marcharme, te deseo suerte.

—Entonces, adiós, yo también te deseo suerte —dijo Caperucita, y de pronto se le ocurrió algo. Claro que en el cuento no ponía eso, pero a ella lo mismo le daba; aunque no estaba segura de si él estaría de acuerdo. De todas maneras iba a preguntárselo—: Mira, yo tengo una idea. A ver tú qué opinas de lo que he pensado: ¿Te parece bien que a partir de ahora caminemos juntos?

Los ojos del chico brillaron, y enseguida dijo:

—Es muy buena idea, sí, señor, muy buena; me parece bien.

Decididamente era buena idea, aunque no estuviera en el cuento, de modo que, a partir de entonces, caminaron juntos.

Marchaban despacio, el uno muy cerca del otro, los dos igual de asustados. Si crujía una

rama, ¡crac!, temblaban los dos; si pisaban hojas, ¡chas!, los dos tapaban sus labios para no gritar. Un susto, otro susto, otro susto más... Lo mismo que antes, iban de un susto a otro susto; para ser sinceros, el miedo era el mismo, sin embargo, ahora no sentían tanta soledad. De repente escucharon algo... ¿Qué era?... ¿Crujido de ramas?, ¿chasquido de hojas?, ¿pisadas? Una cosa y otra, ¿y pasos? También oían pasos, muchos y muy claros, no cabía duda: ¡el lobo llegaba!

Entonces, ¿qué hacían? ¿Se escondían? ¿Huían? ¿Escapaban? Pero el lobo era listo y rápido. Los encontraría o les daría alcance en cuatro zancadas. ¡Qué horror, estaban perdidos!

Pero ¿de verdad era el lobo el que se movía detrás de unas plantas?...

Oían sus aullidos; sin embargo, eran muy extraños: ¡Oenc, oenc, oenc! Y además nunca habían visto un lobo sin pelo y con piel rosada. ¿Un lobo? ¡Pero si eran tres! ¡Un lobo! ¡Dos lobos! ¡Tres lobos! Gorditos, ¡ooooh!, con hocicos chatos. ¡Oooooh! ¡Qué chasco y qué risas! No eran lobos, no, eran tres cerditos perplejos y muy asustados.



EL DUENDE VERDE

¿Qué pasaría si Caperucita se hartase de ir a casa de la abuelita? ¿Qué ocurriría si Blancanieves se fuese de paseo en lugar de esperar a que la madrastra le entregase la manzana envenenada? Algunos de los protagonistas de los cuentos clásicos se han cansado de repetir sus argumentos una y otra vez, y deciden liberarse de sus destinos. Pero ¿qué será de ellos ahora? ¿Qué pasará con sus historias?

Edad recomendada
para este libro:
A partir de 8 años

ISBN 978-84-678-6099-3



9 788467 860993

www.anayainfantiljuvenil.com

1571194

ANAYA